

LA BIBLIOTECA DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA, QUE CUENTA ACTUALMENTE 3.000 VOLUMENES DE ENTRE LOS 30.000 PUBLICADOS EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, ESTÁ A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO DE CUALQUIER NACIONALIDAD. LOS LIBROS PUEDEN RETENERSE DURANTE QUINCE DÍAS CON SOLO LA EXHIBICIÓN DE UN DOCUMENTO PERSONAL SUFICIENTE. TODOS EN GENERAL, Y LOS ESTUDIANTES DE ESPAÑOL EN PARTICULAR, SON INVITADOS A VISITARLA.

CUANDO LA FALTA DE ESPACIO NO APREMIE, INFORMAREMOS SOBRE EL CONTENIDO DE ESTA BIBLIOTECA DE ALGUNOS DE CUYOS LIBROS IREMOS PUBLICANDO RESEÑAS.

EMPEZAMOS CON UN LIBRO DE ORTEGA Y GASSET.

La Rebelión De Las Masas

Desde hace 40 años, Ortega y Gasset lanza a la vida intelectual europea y española sugerencias fecundísimas. Unas negativas, otras positivas, algunas equivocadas y muchas definitivas. Ha regido el ensayo de historia, de sociología, de filosofía, de arte y por su culpa se han escrito miles de artículos que empiezan con un: "Dice Ortega que..."

Hace ya muchos años que escribió su "España invertebrada", un relato tan interesante para los españoles que la generación siguiente se dedicó a poner a España vértebras, con excelente resultado. Después escribió en 1925 uno de los libros más importantes de sociología escritos en Europa en este medio siglo, "La Rebelión de las Masas", un ensayo que se ha traducido a todos los idiomas cultos y se ha leído y admitido como uno de los diagnósticos más precisos de la sociedad del siglo XX. Cada año de los de ahora aviejan mucho al mundo y no todos los aspectos del libro de Ortega valen ya hoy. No identificó muchos aspectos de su programa: una vida alerta y angustiada, con originalidad creadora, un objetivo, una actitud responsable y aristocrática contra la plebe, con los equipos de hombres que representan todo esto. Por prejuicios liberales creyó que la insolencia de las masas llevaba a los regímenes de autoridad cuando lo cierto es lo contrario. Pero su libro está escrito hace cerca de 30 años, cuando todavía no se podía ver tan claro. Hoy ya no defendería principios muertos, y —siempre fiel a su tiempo— se pondría a la altura del que le ha tocado vivir.

En los últimos años Ortega escribió obras luminosas presentando por primera vez verdades profundas sobre Andalucía, sobre Velázquez, sobre el Aventurero, sobre la Caza: obras de menor trascendencia que eluden los comentarios que de él se esperan sobre el tiempo nuevo. Los detractores le exigen la obra definitiva, su testamento filosófico. El dice que trabaja y se le ve poco. Esperemos.

En los últimos 25 años España ha creído —y ha interpretado activamente— muchas de las ideas de Ortega sobre nuestro ser histórico, sobre nuestro destino, sobre los ideales del hombre, sobre nuestra significación.

sobre la Política, sobre el Estado, sobre la Pintura, sobre la Acción, sobre el Derecho, sobre la Guerra, sobre la Razón vital, sobre América, sobre Europa y sobre muchas más cosas. Ortega es el escritor de cabeza más amplia y de cultura más europea que ha nacido en España en este siglo. Por ello descubrió, hace ya 30 años, al monstruo moderno, al hombre-masa, factor de la rebelión de los peores.

Repasemos por encima "La Rebelión de las Masas" de Ortega, deteniéndonos preferentemente en los mejores artículos de su obra, que hacen la disección de ese monstruo europeo:

Empieza Ortega por denunciar lo que en 1926 ya se estaba haciendo evidente, la aglomeración, la presencia de la muchedumbre. Esta había aparecido y se había instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes pasaba inadvertida, pero ahora es el personaje principal de la Historia y ocupa los lugares mejores, creación relativamente refinada de la Cultura humana, lugares antes reservados a grupos menores, a minorías selectas:

"Cuando se habla de minorías selectas, la habitual bellaquería suele tergiversar el sentido de esta expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores. Y es indudable que la división más radical que cabe hacer en la humanidad es ésta, en dos clases de criaturas: las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, boyas que van a la deriva".

Y lo característico es que el alma vulgar se sabe vulgar, pero tiene el descoco de afirmar su derecho a la



En 1930 pedía una España "dinámica y disciplinada".

vulgaridad y de imponerlo en todas partes. Quien no piense como la masa es eliminado: la masa ordena y destruye y actúa siempre como únicamente sabe, por la violencia:

"Lo malo es que esta decisión tomada por las masas de asumir las actividades propias de las minorías, no se manifiesta, ni puede manifestarse, sólo en el orden de los placeres, sino que es una manera general del tiempo... La masa presume que, al fin y al cabo, con todos sus defectos y lacras, las minorías de los políticos entendían un poco más de los problemas públicos que ella. Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café. Yo dudo que haya habido otras épocas de la Historia en que la muchedumbre llegase a gobernar tan directamente como en nuestro tiempo. Por eso hablo de hiperdemocracia".

Hace 150 años empezó una minoría descubriendo que el individuo, por el hecho de nacer y sin necesidad de mérito alguno, sólo por existir, poseía derechos políticos fundamentales que se llamaron derechos del hombre. Unos pocos lo inventaron y lograron que la masa se enterase y exigiese su derecho, exigencia que es hoy universal y no se discute ya en ningún lugar. Todos los soldados son ya capitanes. "Basta ver la energía, la resolución, la soltura, con que cualquier individuo se mueve hoy por la existencia, agarra el placer que pasa, impone su decisión". Todo ello es lo contrario de una decadencia, es más bien una "subida del nivel histórico".

"Vivimos en un tiempo que se siente fabulosamente capaz para realizar, pero no sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero no es dueño de sí mismo. Se siente perdido en su propia abundancia. Con más medios, más saber, más técnica que nunca, resulta que el mundo actual va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva" (escrito en 1926).

La técnica moderna ha aumentado las posibilidades del hombre. Se viaja más de prisa, se entera de más cosas, se ha encontrado con otros pueblos que antes desconocía, incluso el cuerpo humano realiza proezas deportivas mayores que nunca. Si a esto unimos el crecimiento de la población mundial que ha llenado en cien años espacios que apenas habían crecido en miles de años, queda explicado el triunfo de la masa como algo inevitable. Refiriéndose a Europa, Ortega recuerda que en 1800 tenía la misma población que en el siglo IV: unos 180.000.000 de habitantes. De 1800 a 1914 asciende a 460.000.000. Son más, son mejores, más sa-



Pero en 1931, ante la rebelión de los pobres dijo: "No es esto, no es esto."

nos, pero son más simples, su educación se ha hecho rápidamente y no en el seno en el que hasta ahora se había hecho la humanidad, en el orden y en el trabajo de una cultura. Aparecen en la vida de Europa en el siglo XIX montones y montones de hombres primitivos en medio de una vejeísima civilización. Inponiendo sus gustos, sus exigencias, sus derechos, que ponen en peligro la civilización que les ha hecho posibles:

El hombre vulgar, al encontrarse con ese mundo técnico y socialmente tan perfecto, cree que lo ha producido la Naturaleza, y no piensa nunca en los esfuerzos geniales de individuos excelentes que supone su creación. Menos todavía admitirá la idea de que todas sus facilidades siguen apoyándose en ciertas difíciles virtudes de los hombres, el menor fallo de los cuales volatizaría la magnífica construcción".

Caracteriza al hombre-masa la libre expansión de sus deseos y la "radical ingratitude" hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado. Heredero de un pasado larguísimo y genial, —genial de inspiraciones y de esfuerzos, el nuevo vulgo ha sido mimado por el mundo en torno. Mimar es no limitar los deseos, dar la impresión a un ser de que todo le está permitido y a nada está obligado. La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines". Ha aprendido a no contar con nadie como superior a él.

Los hombre-masas exigen su bienestar, pero son insolidarios con la causa de ese bienestar. Desean el artefacto, pero ni les importa el funcionamiento de la fábrica ni la opinión del inventor del artefacto. Su papel es meramente el de exigir y el de opinar, pues cree tener ideas e intervienen la vida pública utilizando cualquier exabrupto.

Opuesto al hombre-masa está el que lleva una vida noble o de esfuerzo:

"Contra lo que suele creerse, es la criatura de selección, y no la masa, quien vive en esencial servidumbre. No le sabe su vida si no la hace consistir en servicio a algo transcendente. Por eso no estima la necesidad de servir como una opresión. Cuando ésta le falta, siente desasosiego e inventa nuevas normas más difíciles, más exigentes, que le opriman. Esto es la vida como disciplina —la vida noble—. La nobleza se define por la exigencia, por las obligaciones, no por los derechos. Noblesse oblige. "Vivir a gusto es de plebeyo: el noble aspira a ordenación y a ley" dice Goethe. Los privilegios de la nobleza no son originariamente concesiones o favores, sino, por el contrario, sus conquistas".

Para Ortega estos derechos conquistados, derechos privados, privilegios, no son goce, sino obligación, esfuerzo que puede realizar su titular. Los derechos comunes, los del hombre y del ciudadano son propiedad pasiva, beneficio, dón generoso que no responde a esfuerzo alguno. La nobleza implica un esfuerzo insólito que motivó la fama. La nobleza o fama del hijo es ya puro beneficio, dón generoso y sólo será cierta si el hijo sabe mantener el esfuerzo creado por el padre y llenarlo de contenido.

Este hombre moderno que se aprovecha de la civilización y de la Ciencia y no la dedica la menor gratitud ni la considera un fruto delicado que en cualquier momento puede desaparecer, es un bárbaro, un "invasor vertical", es el "señorito satisfecho".

En sucesivas páginas trata Ortega del primitivismo, la técnica, la Historia, la barbarie que supone la especia-

lización científica y termina señalando el peligro que supone la creciente intervención del Estado (Ceguera de Ortega porque el Estado ha de intervenir ante la avalancha de problemas que crea la masa, exigiendo seguridad, alimentos y comodidades. La intervención del Estado es algo fatal e inevitable por el simple hecho de la presencia de la masa. No vió Ortega esto en 1926, pero en 1953 está aceptado hasta en la superliberal Inglaterra, hoy estado socialista por necesidad).

Y termina Ortega refiriéndose al ataque a Europa por parte del hombre-masa. Una Europa supernacional po-

dría ser la única respuesta. Anuncia Ortega el fin de los nacionalismos europeos, asfixiados en su propia pequeñez y se extiende sobre la misión de Europa... con palabras que ya no valen.

Completó este libro un prólogo para franceses escrito en 1937 y un epílogo para ingleses escrito el mismo año, amarga acusación de la insolidaridad de los pueblos y de la trivialidad de sus dirigentes. Pero también aquello resulta ya innecesario al cabo de tan pocos años, después del triunfo completo de la rebelión allí denunciada.
